

MATERNIDAD/MATERNALIDAD Y TRABAJO: "EFECTOS" DEL ROL DUAL SOBRE LOS HIJOS Y LA PAREJA

María Ragúz de R.*

El artículo revisa literatura e investigación sobre roles sexuales en lo que concierne a madres que trabajan. Se focaliza la atención en los hallazgos correlacionales y causales en relación a los "efectos" que el trabajo dual de las madres tiene sobre sus hijos y esposos. Los "efectos" del trabajo sobre sí mismas se dejan para otro artículo.

An overview of sex role literature and recent research on working mothers is presented. Attention focuses on correlational and causal findings concerning the "effects" mothers' dual work has on their children and husband. The "effects" of work on the mothers themselves are to be dealt with in another article.

* Profesora de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Un tema central en la investigación y teoría de los roles sexuales es el de las madres que trabajan. Una revisión bastante exhaustiva nos ha llevado a delimitar ciertas categorías. Ya en un artículo anterior (Ragúz, 1988) nos hemos referido al rubro de la mujer que trabaja, en relación a atribución de logro, preferencias y metas ocupacionales, y actitudes hacia la mujer que trabaja.

El rubro que ha de ocuparnos ahora es el de los llamados “efectos” del trabajo de la mujer, en especial, de la madre que trabaja fuera del hogar.

Cabe aclarar que al referimos al “trabajo” de la mujer-madre usamos el término en el sentido de trabajo remunerado, lo que de ninguna manera desmerece el valor de trabajo en sí que tiene el trabajo en el hogar. Siendo un tema tan amplio, nos limitaremos aquí a los “efectos” del trabajo de la madre en sus hijos y esposo, dejando los “efectos” sobre sí misma para otro artículo.

Una primera atingencia que debemos señalar, concierne a la dificultad de comprobar los “efectos” de que una madre trabaje, ya que más que relaciones causales, por lo general estamos tratando con relaciones entre variables, donde a lo más, podemos intuir tendencias. Además, dado la multicausalidad que suele caracterizar a los fenómenos psicológicos, haríamos mal en sobresimplificar lo estudiado. Y un diseño de riguroso control metodológico se hace sumamente difícil, sino imposible. Por ende, preferimos usar el término “efectos” entre comillas.

Una segunda atingencia concierne a la cautela con que debemos tomar los resultados de las investigaciones en general, ya que fácilmente podemos caer en sobregeneralizaciones transculturales e, inclusive, introculturales. La representatividad muestral de los estudios de roles sexuales suele dejar mucho que desear. Otros problemas relativos a falta de control o validez de medidas también nos obligan a ser bastante críticos, dado que la mayor parte de los estudios son Norteamericanos, hemos de señalar explícitamente cuando se trate de estudios con otras poblaciones.

Maternidad Maternalidad

Pocas veces podemos plantearnos una pregunta más emotiva que ¿qué es la maternidad? Ha sido tratada por líricos, músicos, filósofos, literatos, e investigadores científicos. Desde la mitología, los cuentos de hadas, la religión, la tradición oral y escrita, y más recientemente, la educación formal y los medios de comunicación, se nos ha ido ofreciendo un legado de valores, costumbres, creencias, prejuicios y estereotipos. El “instinto” maternal del que originalmente hablaron etólogos y psicoanalistas, ha sido motivo de acaloradas discusiones. Reificado, pisoteado, distorsionado, el “instinto” maternal constituye un claro ejemplo de lo movilizador que resulta el tema de la mujer para las diversas sociedades presentes y pasadas. Ya los estudios sobre hospitalismo y apego, así como la noción de madre como primer objeto de amor del niño, han ido delineando nuestras creencias, actitudes y teorías psicológicas.

¿Qué sucede entonces cuando los modelos tradicionales de femineidad empiezan a ser cuestionados? ¿Cuándo la mujer se incorpora al mundo de la producción remunerada? ¿Cuándo deben integrarse roles supuestamente antagónicos?

“Efectos” en los hijos

¿Qué nos dicen los trabajos empíricos sobre los “efectos” del trabajo de la madre en sus hijos? El “saber popular” suele subrayar un esperable efecto perjudicial. Pero lo que se encuentra es que las madres que trabajan tienden a tener una percepción más positiva de sus hijos, si es que se trata de una familia intacta, donde la madre no experimenta conflicto de roles, se siente muy motivada a trabajar, y siente que la experiencia laboral enriquece su autoestima. De no estar dadas estas condiciones, la percepción de los hijos es distinta. Además, a mayor nivel educativo (que suele posibilitar mejores oportunidades de trabajo y una mejor posición socio-económica, por un lado, y por otro, facilita elementos-criterio para evaluar mejor las situaciones), y cuanto más satisfactorio sea el trabajo en sí, y más cordiales sean las relaciones entre compañeros de ambos sexos, mejor será la percepción que las madres tengan de sus hijos (Alvarez, 1985). ¿Qué sucede, pues, con los hijos?

Klein (1985), en un extenso trabajo con 55 mil hogares con niños de un año o menos, determinó que el 41% de las madres trabajaban apoyándose en los parientes para el cuidado de los niños. Esto es aún más aplicable en el caso de sociedades con familias extensas de muchos hijos, abuelos, tíos y parientes que conviven con la familia o cerca. Y, en sociedades como la nuestra, donde es extendido el recurso de empleadas del hogar y amas en las clases medias y altas, este es otro factor importante en la socialización de los niños, en el mundo de valores y jerarquías con el que se les familiariza, pudiendo por ejemplo,

desarrollar rasgos de dependencia, de abuso, y hasta de discriminación sexual. Estos modelos de sumisión, de uso instrumental para la satisfacción de necesidades, son, por lo general, femeninos, y en algo pueden contribuir a la internalización de una serie de representaciones y valores en torno a los roles sexuales.

Otro estudio "temprano" es el de Hock y col. (1985), con madres de niños de tres meses. Observándolos en su relación con su madre a la larga del primer año, encontraron que las madres van variando su percepción de las necesidades del niño, sus creencias sobre el rol maternal, su percepción de las propias necesidades de trabajar y/o dedicarse a los hijos.

Sabido es que ya a los tres años de edad los niños han adquirido su identidad sexual y ésta incluye la autopercepción sobre la propia masculinidad y femineidad de cada uno (orientación de rol sexual), que resulta de un proceso de definición de sí mismo y de los demás que implica un conocimiento de estereotipos de rol sexual. El temprano aprendizaje de los estereotipos ha sido ampliamente demostrado en estudios transversales y transculturales (Best, 1980-81), en un estudio que incluye al Perú; Goldman y Goldman, 1981). Inclusive en niños menores de los dos años se observa un adecuado conocimiento de las "etiquetas sexuales" (o genéricas) en el juego.

Sean de tribus en el Zaire o de hogares californianos, los niños evidencian, alrededor del tercer año, ser conscientes de los roles sexuales cuya estereotipia se va haciendo cada vez más rígida y evidentemente deriva de una simple transposición de roles del hogar al trabajo. Ya a los 3 ó 4 años los niños perciben con claridad la estereotipia sexual que los padres esperan de ellos, y se comportan acordemente, elicitando también de sus padres respuestas estereotipadas, especialmente cuando interaccionan con el padre de su mismo sexo. No olvidemos el rol activo que juega el niño en su interacción con el medio, adaptándose a él pero no sólo asimilándola sino también acomodándolo.

Hacia los siete años los roles son especialmente rígidos, coincidiendo con el desarrollo cognitivo, moral, social y afectivo tal como los delinea la teoría piagetana, con la importancia de la forma y la inmutabilidad de la regla. Pero luego las nociones sobre estereotipia de los roles sexuales se van complejizando, enriqueciendo, haciéndose más flexibles, especialmente con el logro del pensamiento abstracto. Hacia la adolescencia los roles son más flexibles, en especial, el rol masculino (que en la niñez es el más fuertemente delimitada y sus transgresiones, castigadas). En los adultos, los roles sufren ciertos cambios, como con la vivencia de la paternidad/maternidad, donde las mujeres se vuelven más tradicionales y los hombres, más liberales (cuando usualmente es al revés). También en la vejez se experimenta menor tradicionalismo. Experiencias como el divorcio, la viudez, también afectan los roles, y aquí juega un rol importante el apoyo del medio social.

Entonces, ¿qué efecto puede tener en los hijos el que su madre trabaje o no, en términos de su masculinidad/femineidad, autoestima, y otras variables psicológicas?

Un trabajo de Mac Kinnan y col. (1984), muestra mayor liberalismo en la percepción de los roles sexuales en niños y niñas de 3 a 6 años, con padres divorciados. Los autores lo atribuyen a la multiplicidad de roles que tanto las madres como ellos mismos tienen que desempeñar. Comparando con mujeres casadas, se observa que las divorciadas y las casadas que trabajan, son igualmente liberales en sus actitudes hacia el trabajo de la mujer. Esto es importante decirlo, porque son precisamente las madres que no trabajan las que no sólo presentan las actitudes más tradicionales, sino que además creen que un mayor conflicto de roles existe que lo que realmente experimenta la mujer con el rol dual. Y están, pues, convencidas que el trabajo de la madre tiene efectos negativos en los hijos, cosa que las madres que trabajan no necesariamente creen.

Al interior de los estudios con madres divorciadas, ha de tenerse cuidado con el nivel socioeconómico actual de la familia, ya que está visto que es peor cuanto mayor sea la diferencia de ingresos entre madre y padre, al margen de cuál fuese el nivel anterior (Joyce y Russell, 1983). Y es precisamente el nivel socioeconómico un factor importante. En Israel, Soliman y Mayselless (1982), por ejemplo, encuentran que los niños de Kindergarten y Primer Grado con mayor patología no son los hijos de divorciadas o de madres que trabajan, sino aquéllos cuyas madres tienen el menor ingreso familiar, se sienten más insatisfechas con su vida, y perciben a sus esposos como muy descomprometidos con sus hijos.

Otro estudio que muestra cómo el nivel socioeconómico —y todo lo que éste implica— es un factor que interviene en el desarrollo de los roles sexuales en los niños y adolescentes, es el de Reisman y Bañuelos (1984) en un barrio latino de Estados Unidos. Vieron que las niñas prescolares que asistían a colegio privado tenían un mayor liberalismo que las que iban a colegio público. Las de mayor nivel socioeconómico querían ser profesionales; las de menor nivel, madres; aunque ninguna quería tener la ocupación de sus padres. Son muchas los estudios que muestran que el menor nivel económico suele acompañarse de mayor tradicionalismo en los roles sexuales. Y cuanto mayor es el tradicionalismo, menos descontentos suelen estar las personas con su situación, o la creen inmutable.

Es importante resaltar que la mujer que se ve obligada a trabajar en lo que encuentre y bajo cualquier condición representa un caso muy distinto de quien escoje en qué y bajo qué terminos realizar una labor. La satisfacción con el trabajo tiene que variar según esto y la experiencia del rol dual y la relación con los hijos no puede ser igual.

Por ejemplo, Gordon y Kammeyer (1980) realizaron un estudio longitudinal en 1974-75 con 735 madres de prescolares, encontrando, entre otras cosas, que el empleo maternal está muy relacionado con necesidad económica, y sólo moderadamente relacionado con número de hijos, creencias sobre la maternidad y experiencia laboral previa. Esta al margen del nivel educativo, y de las actitudes hacia los roles sexuales. Pero el ingreso del esposo resultaba tener una fuerte incidencia sobre cómo interaccionaban estas otras variables. En otras palabras, las mujeres trabajaban dependiendo del ingreso del marido, que moderaba la relación entre las demás variables.

El etnólogo Lamphere (1986) analizó datos norteamericanos de 1915 a 1977, concluyendo que aunque el trabajo asalariado relativamente reciente de las mujeres ha tenido impacto sobre las familias, se sigue manteniendo una ideología que valora la autoridad de esposo, el respeto a los padres, y enfatiza las diferencias sexuales. Si bien la sociedad norteamericana ha sufrido cambios a partir de entonces, los estudios más recientes continúan evidenciando un tradicionalismo, especialmente en los hombres y más fuerte con la edad, excepto hacia la senectud. Como dicen Kalin y Hodgins (1984) en Canadá, más que subestimar a las mujeres en términos de habilidad, se tiende al sexismo al considerar tal o cual rol u ocupación como inconsistente con el rol sexual. Y el sexismo puede ser, a veces, mayor en las mismas mujeres hacia su sexo (Linsenmeier y Wortman, 1979).

Si bien pueden apreciarse cambios hacia mayor liberalidad en una serie de áreas, la más resistente al cambio parece ser la del rol materno tradicional. Se da por sentado que la madre debe ocuparse de sus niños. El problema es hasta cuándo, ya que es difícil establecer límites. Y peor aún, al socializar a las mujeres en función del rol maternal, cuando han de enfrentar este rol, se encuentran ya en desventaja. Y aunque las mujeres parezcan preferir matrimonios igualitarios, con pocos hijos y un menor compromiso con el rol femenino al combinar familia y carrera, los hombres no parecen ser de la misma opinión (Katz, 1987; Kessner, 1981).

A veces los mismos profesionales evidencian un sexismo en su desempeño, orientando a mujeres a ocupaciones más "adecuadas" que requieren mayor supervisión y pagan menos (Moore y Stricker, 1980); interpretando sus deseos de actualización como "mujeres fálicas", o manteniendo un estándar de salud mental masculino y totalmente distinta del ideal de mujer (Ramos, 1987). Así, la mujer madura que decide buscar el éxito ocupacional suele experimentar barreras por una serie de mitos sobre la naturaleza de la mujer y el trabajo (Kahn, 1979, en Canadá), que Ogibene (1983) propone trascender. Baste recordar los estudios sobre atribución de logro (ver Ragúz, 1988, para un resumen del tema). Por ejemplo, Paludi y Strayer (1985) encuentran experimentalmente, que los hombres y mujeres son evaluados de manera distinta. También los niños evidencian esta tendencia.

Estos son los patrones culturales a las que nos enfrentamos, difundidos por los medios de comunicación y ampliamente documentados en estudios de revistas, tiras cómicas dominicales, dibujos animados, noticieros y películas de todo tipo en la televisión y el cine, canciones populares, mitos y leyendas, textos escolares y universitarios, que han sido analizados en su contenido en el Perú y en tantos otros países, siempre encontrándose una marcada estereotipia sexual de los personajes y roles. Y la vida cotidiana está plagada de ejemplos, en el trabajo, la diversión, la subsistencia misma. Como no esperar que los niños adquieran tempranamente una estereotipia sexual de los roles y propio.

Y, sin embargo, los esperados “efectos” negativos del trabajo de la madre sobre sus hijos no sólo no se encuentran, sino que resultados a veces apuntan en la dirección opuesta. Siegel (1984) revisó los últimos 40 años de investigaciones sobre el tema, concluyendo que el empleo de la madre, en sí mismo, no tiene mayor “efecto” sobre sus hijos. Sabido es que lo importante no es la cantidad de tiempo que la madre pasa con sus hijos, sino la calidad de la relación, para su desarrollo integral ¿Y el padre? Su ausencia, en términos de muerte o divorcio ha sido estudiada en relación al desarrollo psicosexual de los hijos (rara vez de la hijas, para quienes, en realidad, es una figura extremadamente importante en la configuración de su psicosexualidad). Pero es la madre y su doble rol la que mayor interés y revuelo ha causado en la investigación psicológica.

Otros estudios sobre el “efecto” del trabajo de la madre muestran que no necesariamente se asocia a cosas negativas. Así, los adultos cuyas madres trabajaban (no importa en qué ni cuánto tiempo), y en especial, los hombres, evidencian actitudes más liberales hacia el trabajo de la mujer (Powell y Steelman, 1982).

Hensley y Borges (1981) encuentran que los niños de 7 y 8 años con madres que trabajan, tienden a presentar menor estereotipia sexual de las ocupaciones.

También se ha visto en varios estudios que las actitudes de madres e hijos hacia los roles sexuales y el trabajo de la mujer, suelen correlacionar. Lo que no puede hacerse es predicciones de conocimientos o actitudes, ni de éstas o aquéllos a conductas; ni de madres o padres a hijos, ni al interior de la misma persona. El nivel de conocimientos no dice nada de las actitudes ni de las conductas que una persona (y menos, otra) pueda tener. En lo que sí parece haber relación, es por ejemplo, en las actitudes hacia la mujer y la orientación de rol sexual (Ward, 1980); así como en la división de roles en el hogar y la orientación de rol sexual (Denmark et al., 1985).

Algo que es interesante resaltar es que la autoestima de las adolescentes depende de cómo se cree que se es valorada por los padres (Holenbeck y Hill, 1986). Estos autores observan que cuánto acepten los padres a sus hijas se

relaciona con su propia orientación de rol sexual (lo que no ocurre con los hijos). Y que el ajuste psicológico de los adolescentes de ambos sexos depende estrechamente de esta aceptación percibida. También Openshaw y col. (1984) encontraron la relación entre autoestima y evaluación de los padres, siendo aún más fuerte en el caso de las hijas mujeres. Viene al caso recordar que la identidad sexual es uno de los componentes (sino el componente) más importante de la identidad personal, y que —tal como están estructurados muchas sociedades hay— la valoración de los padres, y en especial, del padre, afecta la autoestima y el autoconcepto. Tal como se define Masculinidad hoy, y acordemente, como se mide, la autoestima es casi sinónimo de Masculinidad. Y la Masculinidad, el mejor predictor de éxito, salud mental, habilidad matemática, ajuste, y casi cualquier variable positiva en consideración.

Esto nos lleva a que el que la madre trabaje o no, no es en sí importante. Es el trabajo en combinación con otras variables, lo que tiene relevancia. Por ejemplo, Gold y Andres (1980), con niños canadienses de origen francés, encontraron que el hecho de que las madres de clase media y baja fuesen amas de casa o tuviesen un trabajo a tiempo completo, no se relacionaba con el ajuste personal, el logro escolar, o el conocimiento de roles sexuales en los niños. Por el contrario, el empleo materno evidenció estar asociado a patrones diferentes de funcionamiento familiar, y a la satisfacción con el rol parental. Aquí cabe señalar que Welch (1979) ha notado que el trabajar o no se relaciona con el grado de Masculinidad de una persona, y que la orientación de rol sexual Andrógena (es decir, alta Maculinidad y alta Femineidad al interior de una misma persona [ver Ragúz, 1983] se asocia con el tener una profesión.

Decíamos anteriormente que es importante la edad del grupo con el que se realiza un estudio, y que los niños pequeños tienen una visión más rígida de los roles. Pero debemos indicar una excepción. Los adolescentes de 16 ó 17 años son capaces de tener una visión menos estereotipada de los roles ocupacionales fuera del hogar que los niños de 11 a 12 (Pomageat y Scheiber, 1979, en Francia), y, sin embargo, evidencian una gran rigidez en lo tocante a las tareas del hogar, siendo tradicionales al margen de si la madre trabaja o no (Hansen y Darling, 1985).

Un aspecto interesante lo constituye las expectativas ocupacionales respecto de sus hijos y las que ellas mismas tienen. Peterson y col. (1982) notan que los padres tienden a favorecer mucho más la carrera de sus hijos adolescentes varones. Pero que, a pesar de ello, las hijas evidencian menor tradicionalismo que sus padres en sus elecciones ocupacionales. Piotrkowski y Katz (1982) observan también que cuando las madres trabajan esta tiene un efecto socializador indirecto en sus hijos, favoreciendo su conducta académica.

Sutherland (1978) encuentra apoyo empírico con universitarios canadienses, para la hipótesis de que la crianza tradicional por parte de la madre es un factor decisivo en la perpetuación de la estereotipia sexual tradicional.

Siguiendo con estudios con adolescentes, tenemos el de Jensen y Borges (1986), que, en un principio, pareciera ofrecer apoyo a la creencia en los "efectos" negativos del trabajo de la mujer. Estos investigadores observaron que los adolescentes con madres que trabajan no tenían una relación tan cercana con su padre, percibían más tensión, stress y cólera entre sus padres, y consideraban a sus madres menos amistosas y no tan felices como lo hacían los adolescentes con madres amas de casa. Debemos conceder que puede ser el caso que en familias de empleo dual el ambiente psicológico sea menos favorable. Pero podemos especular también otras explicaciones. Por ejemplo, el hecho que se dé más obviamente la expresión de sentimientos negativos no es, en sí, un indicador de mayor o menor patología familiar. Lo que sí evidencia, es que la madre no está representando un modelo tradicional de sumisión, adaptabilidad, y poca agresividad.

Por otro lado, la infelicidad de la madre puede ser una distorsión o puede ser real, en función de la serie de variables que interaccionan con la satisfacción personal y matrimonial. Pero la felicidad autopercebida tampoco es, necesariamente, un indicador de ajuste psicológico. Por ejemplo, estudios con mujeres mexicanas muestran que en grupos de alto machismo, donde los roles están fuertemente estereotipados, y donde los hombres ejercen un fuerte dominio de la mujer en la toma de decisiones respecto a su persona, son éstas, en comparación con norteamericanas y suecas muy liberales, las menos insatisfechas con su relación de pareja, y las que menos perciben una ingerencia del hombre sobre su vida. Igualmente, las personas indiferenciadas en su orientación de rol sexual, que la teoría predice serán las de menor ajuste, no necesariamente la sienten así ni evidencian mayor auto-percepción de desajuste que las Andrógenas. Y en el área de salud mental, sabido es que no necesariamente el paciente es consciente de su enfermedad. Por ello, la tensión familiar requiere de más elementos para ser interpretable, ya que podría estar indicando reajustes para una mejor relación.

En otro artículo nos hemos dedicado al tema de la atribución de logro con mayor profundidad. Acá sólo mencionaremos el estudio de Etaugh y Petroski (1985), en el cual se comprueba que los universitarios con madres que trabajan, tienden a evaluar más positivamente la personalidad y habilidad de mujeres que trabajan. También con universitarios se ha encontrado mayor flexibilidad en su estereotipia de roles sexuales, tanto en hombres como en mujeres, cuando la madre trabajaba.

La orientación de rol sexual es una variable importante. Se ha visto, por ejemplo, que los que mejor valoran el rol del hombre y de la mujer en tareas

domésticas son las personas Andrógenas cuyas madres trabajan (Rosenwasser y col., 1985).

Comparando tres generaciones: universitarias, sus madres y sus abuelas, Dambrot y col. (1984) encontraron mayor tradicionalismo en las actitudes hacia el trabajo de la mujer, tanto en las abuelas como en las mujeres de menor nivel educativo. Las actitudes eran más similares entre universitarias y sus madres, que entre universitarias y sus abuelas, o entre madres y abuelas. Pero en Australia, Khoo y col. (1984) no encontraron relación entre las actitudes de universitarias y sus madres.

No siempre las madres funcionan como modelos que se imitan, ocupacionalmente hablando. Con abogadas graduadas entre 1920 y 1979, Dambrot y Vassel (1983) observan que sólo cuando las madres trabajan y el esposo es profesional, cumplen éstas un rol de modelo ocupacional.

En resumen, el “efecto” del trabajo de la madre en los hijos no puede establecerse de manera directa. Pareciera haber una interacción de variables determinando tal o cual característica de los hijos. En todo caso, los hijos de madres que trabajan parecen tender más a evidenciar características positivas que negativas, especialmente cuando las condiciones que rodean el trabajo de la madre son favorables. Una de estas condiciones es la relación con la pareja, como ésta valore y dé apoyo al trabajo de la esposa.

“Efectos” en la pareja

Decíamos anteriormente que, tal como están dadas las cosas hoy, el hombre suele ser un factor decisivo en la autovaloración y autoconcepto de la mujer. Este punto no ha recibido la merecida atención empírica; más bien el foco se ha puesto en cómo el trabajo de la mujer afecta —negativamente, por supuesto— al esposo o la pareja.

Dentro de esa línea, Staines y col. (1985) concluyen, en base a una encuesta a 1,515 personas en 1977, que el trabajo de la esposa tiene un “efecto” negativo sobre la satisfacción del marido con su vida y con su propio trabajo. Pero recordemos que la década de los 70 fue una etapa especialmente sensible para los norteamericanos, con los asesinatos de Kennedy y Luther King, la Guerra de Viet-Nam, el movimiento “hippie” las drogas, la revolución sexual, y el cuestionamiento del llamado “establishment” o sistema.

Datos psicológicos, especialmente sobre Roles Sexuales recogidos en los 70s siempre estarán teñidos de una manera especial.

Es interesante notar que la ley puede establecer igualdad matrimonial, pero no significa esto una igualdad social. Por ejemplo, la ley puede decir que el trabajo

del hombre y la mujer tiene valor comparable; pero en la vida cotidiana, es la formación o el trabajo del hombre el que tiende a ser dado preeminencia al interior de los hogares, como notan Gold y Gold (1981), con parejas canadienses duales (ambos trabajan), aún cuando los dos son profesionales. Esto pareciera explicarlo Feldberg (1984) al referirse a las leyes norteamericanas, ya que observa que si bien estas suponen igual valor del trabajo de ambos sexos, el sexismo existe en las leyes económicas, al no reconocerse habilidades de las mujeres como tales. Es por esto que Moses (1983) urge a las mujeres a estudiar más carreras masculinas, a diversificar sus intereses ocupacionales, y a creer en que su trabajo vale igual que el de un hombre. Este autor considera que los roles sexuales estereotipados contribuyen a que la mujer tenga menor poder adquisitivo, el cual creemos es definitorio para una independencia psicológica y una identidad madura (como puede verse en las diferencias de poder, status y prestigio que gozan campesinas y mujeres selváticas peruanas en base al comercio de trueque o al uso de dinero, en especial, en efectivo; (ver estudios antropológicos de Bourque, 1981; Campaña, 1982; Stocks y Stocks, 1980).

Pareciera que el trabajo de la mujer se asocia con fracaso matrimonial, ya que un análisis de los divorcios entre 1966 y 71 en California, encuentra mayor porcentaje de mujeres casadas que trabajaban entre las divorciadas; salvo que se hubiesen casado jóvenes (el casarse jóvenes pareciera siempre asociarse a mayor estabilidad conyugal, como muestran otros estudios). El número de hijos resultó una variable interviniente aquí.

Y Spilze y Waite (1981), con una muestra nacional norteamericana concluyen que sólo en un inicio los maridos suelen adecuarse a las actitudes y conductas de sus mujeres respecto del trabajo. En las mujeres, su conducta laboral se ve fuertemente afectada por las preferencias de sus maridos (esto, más marcado aún en las minorías Negras). En general, las actitudes hacia el trabajo de la mujer son más tradicionales en los hombres, especialmente en los casados. Un estudio con Filipinas (Ventura et al., 1979) muestra que, cuando se trata del empleo de la mujer casada, tanto solteros como casados son especialmente tradicionales. En un estudio transcultural que realizáramos (Ragúz, 1981), también se apreció una variabilidad entre culturas de mayor a menor tradicionalismo hacia el trabajo de la mujer, especialmente en los hombres y en los casados, y la religión jugaba un rol importante, siendo los musulmanes (tanto nigerianas como malasios) los más fuertemente estereotipados en sus creencias. Ferree (1984), con familias obreras norteamericanas, observa que las actitudes hacia el trabajo de la mujer dependen no sólo del significado atribuido a la vida familiar y el trabajo, sino también de las circunstancias objetivas en que se encuentra la familia. En la actual crisis socio-económica del Perú, el trabajo de la mujer, para la mayoría, es algo imprescindible para la subsistencia familiar; aun así, el patriarcalismo persiste, vislumbrándose algunas tendencias de cambio (ver estudios de Sara-Lafosse, 1988). En la medida en que el rol de mujer siga atado al rol de madre, y las

decisiones sobre planificación familiar sigan dependiendo del hombre, como muestran recientes estudios peruanos, el cambio estructural será imposible. Y en la medida en que sea el hombre el pilar económico de la familia, la subordinación de la mujer será inexpugnables.

England (1979), por ejemplo, analizó datos censales norteamericanos de 1970, comprobando que el sexismo puede no darse en términos de valorar diferentemente una ocupación a la persona en base a su sexo cuando hay elementos objetivos que la ameritan. Pero a la vez, la autora encuentra que el prestigio de las ocupaciones tradicionalmente femeninas no se asocia con mayor poder o ingreso; lo que sí se da en las ocupaciones masculinas.

Doust y Doust (1985), por su parte, encuentran sexismo cuando se evalúa la adecuación de uno u otro sexo para un trabajo. Y Shinar (1978) observa que el qué tan apropiada sea para su sexo una ocupación afecta cómo es percibida la persona, por ejemplo en lo relativo a habilidad intelectual y profesional, actividad, liderazgo, liberalismo, individualismo, ajuste personal, sensibilidad social, satisfacción con su vida familiar, atractivo físico, y qué tan agradable se la vea.

Volviendo al punto de la satisfacción de la pareja. Bird y Bird (1984) observaron que los hombres —al margen de que su esposa trabaje o no— tienden a sentirse igualmente satisfechos con sus roles familiares, de trabajo remunerado, y comunitarios. En cambio, las esposas que trabajan evidencian una satisfacción diferencial, estando mucho menos satisfechas con sus roles comunitarios.

Otro hallazgo interesante (Pryor y Reeves, 1982) es que en los hombres la estructura de oportunidades laborales se relaciona con su satisfacción comunitaria. En las mujeres, las oportunidades laborales se relacionan no con su satisfacción comunitaria sino con su satisfacción individual, familiar y laboral. Podría esto estar apuntando a diferentes significados y valores psicológicos en función de la estereotipia de los roles sexuales, de los canales de auto-realización, íntimamente asociados al autoconcepto y la autoestima.

Locksley (1980) observó que entre 1950 y 1974 había aumentado de 24 a 43% el porcentaje de mujeres casadas que trabajan. Diseñó un estudio con muestreo sistemático, entrevistando a 2,300 padres de preescolares, encontrando que ni el que uno solo o los dos esposos trabajasen, ni su nivel de interés en trabajar, se relacionaban con el ajuste y compañerismo de la pareja. Pero sí se vio que, en general, las mujeres evidenciaban menor satisfacción y más frustración con su relación de pareja, que los hombres; sea que ellas trabajasen o no.

En los estudios que relacionan trabajo remunerado de la mujer con diversas variables de la pareja, una variable importante es la orientación de rol sexual (i.e., la masculinidad y femineidad auto-percibida). Por ejemplo, tanto en el hombre

como la mujer pareciera ser que su orientación de rol sexual mediatiza su bienestar personal y marital, sea que ambos trabajen o que uno solo sea el proveedor económico (House, 1986).

Para la satisfacción marital se ve que las actitudes hacia los roles sexuales tienen un peso importante. Nicola y Howkes (1986) encuentran, además, que el fuerte compromiso con la carrera o el trabajo se asocia a insatisfacción marital en ambos esposos, cuando la persona (hombre o mujer) es más femenina (expresiva) que masculina (instrumental) en su orientación de rol sexual.

En todo caso, el tradicionalismo caracteriza más a los hombres que las mujeres, como prueban diversos estudios transculturales. Y el tradicionalismo tiende a ser significativamente mayor, en ambos sexos, en lo relativo a los roles en el hogar, y aún con más fuerza, en lo tocante al rol maternal. Es entendible, pues, que sean los hombres los más reacios al cambio. Estudios en la Sierra y Selva peruana convergen con los hallazgos en grupos costeros, a pesar de ser culturalmente tan distintos (Bourque, 1981; Campaña, 1982; Ciudad y Guzmán, 1975; Lora et al., 1985; Raguz, 1989; Sara-Lafosse, 1979, 1988; Villalobos, 1975, 1977; Villalobos y Mercado, 1977).

Cuando circunstancialmente han de revertirse los roles —por un accidente o enfermedad del hombre, por ejemplo— que hace que la mujer pase a percibir un ingreso significativo y mantenga a la familia, la pareja siente stress, especialmente si el medio —amigos, parientes— no apoya la “trascendencia” de los roles. Pero si se da el apoyo, la experiencia suele ser beneficiosa en términos de mayor flexibilización de ambos, mayor empatía e identificación de uno con otro (Davis y Chávez, 1985).

Cabe recordar que la alta Masculinidad es beneficiosa para ambos sexos. Una investigación al respecto es la de Olds y col. (1980), quienes encontraron que la Masculinidad (medida con el Personal Attributes Questionnaire a PAQ) correlaciona positivamente con componentes de motivación de logro, e inversamente, con stress y temor al logro. Y la Femenidad resulta negativa, ya que correlaciona con bajo rendimiento académico y pobre salud mental (autodesprecio, inseguridad, psicopatización). Únicamente cuando la Masculinidad en mujeres se combina con una alta competitividad, arroja salud mental negativa.

En ambos sexos se encuentra que las personas Andrógenas tienen mayor ajuste, al margen de si trabajan o no (Rendely et al., 1984). En los Andrógenos que trabajan, es mayor la satisfacción con el trabajo que lo que experimentan los no Andrógenos (i. e., Masculinos, Femeninos, e Indiferenciados). Además, su stress laboral es menor (Rotheram y Weiner, 1983), lo que podría deberse a sus recursos tanto masculinos como femeninos, que le permiten mayor flexibilidad y fuentes de satisfacción. En las personas Andrógenas que trabajan suele predomina-

minar la satisfacción con el trabajo. Pero si se trata de parejas Andrógenas duales (donde los dos trabajan) la satisfacción personal suele prevalecer sobre la satisfacción con el trabajo.

BIBLIOGRAFIA

- Alvarez, W. F. (1985). The meaning of maternal employment for mothers and their perceptions of their three-year-old children. *Child Development*, 56, (2), 350-360.
- Best, D. L. (1980-81). *An overview of findings from children's studies of sex-trait stereotypes in 23 countries*. Monografía presentada en la 5ta. Conferencia del IACCP, India. Dic. 28, 1980 - Ene. 1º., 1981.
- Bird, G. A. & Bird, G. W. (1984). Satisfaction in family, employment, and community roles. *Psychological Reports*, 55, (2), 675-678.
- Bourque, S. (1981). *La campesina y el cambio social*. Conferencia de Investigaciones sobre el Mujer Peruana. Lima: Perú Mujer/ AMIDEP.
- Campaña, P. (1982). *Estudio preliminar de la condición y participación económica de la mujer en el Perú Rural*. Lima: Perú-Mujer/AMIDEP.
- Ciudad, T. & Guzmán, V. (1975). Estudio cualitativo de las mujeres que ocupan altos cargos públicos. En: *Diagnóstico de la situación social y económica de la mujer Peruana*. Lima: Población y Desarrollo.
- Dambrot, F. H.: Papp, M. E. & Whitemore, C. (1984). The sexrole attitudes of three generations of women. *Personality and Social Psychology Bylletin*: hp 110, (3), 469-473.
- Dambrot, F. & Vassel, B. (1983). Women lawyers: the employment status of their mothers and the role models they select. *Psychological Reports*, 52, (1). 27-28.
- Davis, S. K. & Chávez, V. (1985). Hispanic househusbands. *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 7, (4), 317-332.
- Denmark, F. L.; Shaw, J. S. & Ciali, S. D. (1985). The relationship among sex roles, living arrangements, and the division of household responsibilities. *Sex Roles*, 12, (5-6), 617-625.
- Doust, L. L. & Doust, J. L. (1985). Gender chauvinism and the division of labor in humans. *Perspectives in Biology and Medicine*, 28, (4), 526-542.
- England, P. (1979). Women and occupational prestige: a case of vacuaus sex equality. *Signs*, 5, (2), 252-265.
- Etaugh, C. & Pétroski, B. (1985). Perceptions of women: effects on employment status and marital status. *Sex Roles*, 12, (3-4), 329-339.
- Feldberg, R.L. (1984). Comparable worth: toward theory and practice in the United States. *Signs*, 10, (2), 311-328.
- Ferree, M. M. (1984). The view from below: women's employment and gender equality in working closs families. *Marrigge & Family Review*, 7, (3-4), 57-75.
- Gold, D. & Andres, D. (1980). Maternal employment and development

- of ten-year old *Canadian Francophone children*. *Canadian Journal of Behavioral Science*, 12, (3), 233-240.
- Gold, J. H. & Gold, E. (1981). The belittled wife: social, legal, and psychotherapeutic considerations. *Canadian Journal of Psychiatry*, 26, (6), 402-405.
- Goldman, R. & Goldman, J. (1981) *Children's conceptualization of development: a comparative study of children aged 5 to 15 years in Australia, England, North America, and Sweden*. Monografía del ISSBD, Toronto.
- Gordon, H. A. & Kammeyer, K. (1980). The gainful employment of women with small children. *Journal of Marriage & the Family*, 42, (2), 327-336.
- Hensley, K. K. & Borges, M. A. (1981). Sex role stereotyping and sex role norms: a comparison of elementary and college students. *Psychology of Women Quarterly*, 5, (4), 543-554.
- Hock, E. et. al. (1985). Employment decisions made by mothers of infants *Psychology of Women Quarterly*, 9, (3), 383-402.
- Holembeck, G. N. & Hill, J. P. (1986). A path-analytic approach to the relations between parental traits and acceptance and adolescent adjustment. *Sex Roles*, 14, (5-6), 315-334.
- House, E. A. (1986). Sex role orientation and marital satisfaction in dual- and one-provider couples. *Sex Roles*, 14, (5-6), 245-259.
- Jensen, L. & Borges, M. (1986). The effect of maternal employment on adolescent daughters. *Adolescence*, 21, (83), 659-666.
- Joyce, N. & Russell, E. (1983). Marital status and socioeconomic status: the case of female-headed families. *International Journal of Women's Studies*, 6, (2), 130-147.
- Kahn, S. E. (1979). Psychological barriers to the occupational success of mature women. *Canadian Counselor*, 13, (4), 211-214.
- Kalin, R. & Hodgins, D. C. (1984). Sex bias in judgements of occupational suitability. *Canadian Journal of behavioural Science*, 16, (24), 311-325.
- Katz, M. (1987). Career and family values for males and females. *College Student Journal*, 20, (1), 66-76.
- Kessner, M. W. (1981). Will both spouses have careers? Predictors of preferred traditional or egalitarian marriages among university students. *Journal of Vocational Behavior*, 18, (3), 3340-355.
- Khoo et al., S. (1984). Attitudes toward sex roles, women's employment, and anticipated family size among young, unmarried Australians. *Australian Journal of ex, Marriage, and the Family*. 5, (3), 147-157.
- Lamphere, L. (1986). From working daughters to working mothers: production and reproduction in an industrial community. *American Ethnologist*, 13, (1) 118-130.
- Linsenmeir, J. A. & Wortman, C. B. (1979). Attitudes toward workers and toward their work: more evidence that sex makes a difference. *Journal of Applied Social Psychology*, 9, (4), 326-334.
- Locksley, A. (1980). On the effects of wives' employment on marital adjustment and companionship. *Journal of Marriage and the Family*, 42, (82), 337-

- Lora, C. y col. (1985). *Mujer, víctimas de opresión, portadoras de liberación*. Lima: Cuadernos del Instituto Bartolomé de las Casas.
- Mac Kinnon, C.E. et al. (1984). The impact of maternal employment and family form on children's sex role stereotypes and mother's traditional attitudes. *Journal of Divorce*, 8, (1), 51-60.
- Moore, H. & Stricker, C. (1980). The counseling profession's response to sex-biased counseling: an update. *Personnel and Guidance Journal*, 59, (2), 84-87.
- Moore, K. et al. (1984). Working wives and mothers. *Marriage and Family Review*, 7, (3-4), 77-98.
- Moses, B. (1983). The 59-cent dollar. *Journal of Employment Counseling*, 20, (1), 3-11.
- Nicola, J. A. S. & Hawkes, G. R. (1986). Marital satisfaction of dual-career couples: does sharing increase happiness? *Journal of Social Behavior and Personality*, 1, (1), 47-60.
- Ogibene, E. R. (1983). Moving beyond "true woman" myths: women and work. *Humboldt Journal of Social Relations*, 10, (2), 7-25.
- Olds, D. & Shaver, P. (1980). Masculinity, femininity, academic performance and health: further evidence concerning the androgyny controversy. *Journal of Personality*, 48, (3), 323-341.
- Openshaw, D. K.; Thomas, D. L., & Rollins, B. C. (1984). Parental influences an adolescent self-esteem. *Journal of Early Adolescence*, 4, (3), 259-274.
- Paludi, M. A. & Strayer, L. A. (1985). What's in an author's name? Differential evaluations of performance as a function of author's name. *Sex Roles*, 12, (3-4), 353-361.
- Peterson, G.; Rollins B.; Tho, mas, D. & Heaps, L. K. (1982). Social placement of adolescents: sex-role influences on family decisions regarding the careers of youth. *Journal of Marriage and the Family*, 44, (3), 647-658.
- Piotrkowski, C. S. & Katz, M. H. (1982). Indirect socialization of children: the effects of mother's jobs on academic behavior. *Child Development*, 53, (6), 1520-1529.
- Powell, B. & Steelman, L. C. (1982). Testin~~g~~ the undertested comparison: maternal effects on sons' and daughters' attitudes toward women in the labor force. *Journal of Marriage and the Family*, 44, (2), 349-355.
- Pryor, M. G. & Reeves, J. B. (1982). Male and female patterns of work opportunity structure and life satisfaction. *International Journal of Women's Studies*, 5, (3), 215-226.
- Ragúz, M. (1981). *Actitudes hacia el trabajo de la mujer en estudiantes de post-grado de diversa procedencia étnico y social*. Caso Social de Licenciatura en Psicología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Ragúz, M. (1983). Estereotipos de rol sexual y diferencias sexuales: realidad y distorsión. *Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, 1, (1), 27-37.
- Ragúz, M. (1988). La mujer que trabaja: revisión de investigaciones sobre

- atribución de logro; preferencias y metas ocupacionales; actitudes hacia el trabajo de la mujer. *Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, 1-2, (1), en publicación.
- Ramos, M. C. (1987). *Estereotipos de rol sexual y estándar de salud mental en un grupo de psicoterapeutas y estudiantes universitarios*. Tesis de Bachillerato en Psicología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Reisman, B. L. & Bañuelos, D. (1984). Career fantasy in the Barrio. *Journal of Nan-White Concerns in Personnel and Guidance*, 12, (3), 99-104.
- Rendely, J. G.; Holmstrom, R. M. & Karp, S. A. (1984). The relationship of sex-role identity, life style, and mental health in suburban American homemakers: I Sex-role, employment, and adjustment. *Sex Roles*, 11, (9-10), 839-848.
- Rotheram, M. J. & Weiner, N. (1983). Androgyny, stress, and satisfaction: dual-career and traditional relationships. *Sex Roles*, 9, (2), 151-158.
- Sara-Lafosse, V. (1979). El status de la mujer y sus implicancias demográficas. En: G. Guerra y col. (eds.), *Problemas poblacionales Peruanos*. Lima: AMIDEP.
- Sara-Lafosse, V. (1988). Crisis familiar y crisis social en el Perú. *Revista de la Universidad Católica*, Nueva Serie. Lima, 15-16.
- Shinar, E. H. (1978). Person perception as a function of occupation and sex. *Sex Roles*, 4, (5), 679-693.
- Siegel, A. E. (1984). Working mothers and their children. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 23, (4), 486-488.
- Soliman, P. & Mayseless, O.B. (1982). Correlates between mother's employment, father's involvement and child's mental health. *Israel Journal of Psychiatry e Related Sciences*, 19, (2), 121-127.
- Spilze, G. & Waite, L. J. (1981). Wives' employment: the role of husbands' perceived attitudes. *Journal of Marriage and the Family*, 43, (2), 117-124.
- Staines, G. L.; Pottick, K. J. & Fudge, D. A. (1985). The effects of wives' employment on husbands' job and life satisfaction. *Psychology of Women Quarterly*, 9, (3), 419-423.
- Stocks, K. & Stocks, A. (1980). Status de la mujer y cambio por aculturación: casos del Alto Amazonas. *Amazonía Peruana*, Lima.
- Sutherland, S. L. (1978). the unambitious female: women's law professional aspirations. *Signs*, 3, (4), 774-794.
- Ventura, E. R.; Koehler, G.; Udarde, M. & Agbing L. (1979). Attitudes towards working wives in an urban setting. *Philippine Journal of Psychology*, 12, (2), 3-9.
- Villalobos, G. (1975). *Diganóstico de la situación social y económica de la mujer Peruana*. Lima: Población y Desarrollo.
- Villalobos, G. (1977). *Situación de la mujer campesina en cuatro zonas del Perú*. Lima: AMIDEP.
- Villalobos, G. & Mercado, H. (1977). *La madre trabajadora en los sectores populares (obreras y vendedoras ambulantes)*. Seminario de investigación

Social acerca de la Mujer. Lima: AMIDEP.

Ward, C. (1980). Psychological androgyny and attitudes toward women. *International Journal of Psychology*, 17, (4), 369-381.

Welch, R. L. (1979). Androgyny and derived identity in married women with varying degrees of non-traditional role involvement. *Psychology of Women Quarterly*, 3, (3), 308-315.